

LOS SACRAMENTOS DE LA INICIACIÓN

LECTURA PREPARATORIA



La Iglesia tiene siete sacramentos: bautismo, confirmación, eucaristía, penitencia y reconciliación, unción de los enfermos, Órdenes sagrados y santo matrimonio. De esos siete sacramentos, reconocemos tres como los sacramentos de la iniciación porque nos presentan y nos hacen miembros de la Iglesia, nos fortalecen para el camino de nuestra vida y nos dan nuestra vocación o llamamiento como cristianos.

Iniciarse significa formalmente convertirse en parte de un grupo o sociedad. En general, las iniciaciones pueden implicar tomar un juramento, aprobar un desafío o soportar una prueba. Luego, después de la iniciación, la persona tiene un vínculo común con otros miembros y se le asigna un rol o misión. Los sacramentos de iniciación se parecen a este patrón. La vida cristiana comienza con promesas bautismales, y luego a través de la gracia de Dios somos hechos miembros del Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Recibimos la misión compartida por todos los discípulos de Cristo para llegar a ser santos, y para llevar las Buenas Nuevas al mundo. En la confirmación, nuestra gracia bautismal se perfecciona, y recibimos un fortalecimiento de los dones

del Espíritu Santo. En la eucaristía, fuente y cumbre de la vida cristiana, recibimos el mismo cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos nutre en nuestra misión de evangelizar. Aprenderemos más acerca de estos sacramentos durante todo el año.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos enseña: “El Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía son los sacramentos de la iniciación cristiana. Fundamentan la vocación común de todos los discípulos de Cristo, que es vocación a la santidad y a la misión de evangelizar el mundo. Confieren las gracias necesarias para vivir según el Espíritu en esta vida de peregrinos en marcha hacia la patria.” (1533). En otras palabras, la vocación de cada persona cristiana es la santidad y la misión de llevar el Evangelio a cada persona en el mundo. El verdadero hogar de un cristiano no es la tierra, es el cielo.

Nuestra vocación a la santidad

Jesús nos dice en el Evangelio de Mateo: “Así que sé perfecto, así como tu Padre celestial es perfecto” (5:48). Él nos dice más sobre lo que eso significa en Mateo 22:37-39: “Él le dijo: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón,

con toda tu alma y con toda tu mente. Esto es el más grande y el primer mandamiento. El segundo es así: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

El dicho de Jesús del segundo pasaje (Mateo 22:37-39) nos ayuda a entender su dicho del primer pasaje (Mateo 5:48). Ser tan perfecto como nuestro Padre celestial es perfecto significa amarlo a él por encima de todo y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Todos estamos llamados a ser santos. Debido a los sacramentos de Iniciación, el bautismo, la confirmación y la eucaristía, recibimos la vocación de santidad que todos los discípulos de Jesús comparten, y los sacramentos de iniciación nos fortalecen para poder alcanzar esa santidad. Ser tan perfecto como nuestro Padre Celestial es perfecto es ser santo. Y Jesús entonces nos dice cómo ser santos, lo cual es obedecer los dos mandamientos más importantes, amar a Dios por encima de todo y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Así es como nos convertimos en santos.

De hecho, las vidas de los santos nos dan poderosos ejemplos de cómo ser santos. El Catecismo nos dice que “la santidad del Pueblo de Dios producirá frutos abundantes, como lo muestra claramente en la historia de la Iglesia la vida de los santos” (CIC 2013).

La misión de evangelizar

El Papa Pablo VI escribió que la Iglesia “existe para evangelizar”. La evangelización es

compartir el Evangelio por palabra y ejemplo de vida. Jesús mismo dio a los apóstoles esta misión antes de ascender al cielo. “Entonces Jesús se acercó y les dijo: “Todo el poder en el cielo y en la tierra me ha sido dado. Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y de el Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que les he mandado. Y he aquí, yo estoy con ustedes siempre, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:18-20). La evangelización está haciendo exactamente lo que Jesús ordenó que hicieran sus apóstoles. Los sacramentos de iniciación, como hemos aprendido, nos dan la misma vocación que todos los discípulos de Cristo, que incluye la evangelización.

La palabra evangelización proviene de la palabra latina evangelion, que significa “evangelio”. Nuestra palabra evangelio proviene de la palabra griega eungelion que significa “buen mensaje” o “buenas nuevas”. Aunque a menudo usamos la palabra evangelio para referirnos a los cuatro libros de la Biblia por Mateo, Marcos, Lucas y Juan, la palabra tiene un significado mucho más rico. El evangelio es la Buena Nueva de Jesucristo: que descendió del cielo, murió por nosotros en la cruz y resucitó de los muertos para ofrecernos la salvación. En su corazón, el llamado a la evangelización significa que estamos llamados a compartir las Buenas Nuevas en nuestras vidas.

BAUTISMO

LECTURA PREPARATORIA



El *Catecismo de la Iglesia Católica* ofrece una explicación simple de lo que Jesús hace por nosotros en el Bautismo: “El santo Bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos. Por el Bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión: El bautismo es el sacramento del nuevo nacimiento por el agua y la palabra” (CIC 1213).

El bautismo es necesario para la salvación y ha sido prefigurado a lo largo de la historia de la salvación, para prepararse para su institución mediante el bautismo de Cristo y su mandato a sus apóstoles. Por bautismo, nos hacen nuevas creaciones, y con el apoyo de toda la comunidad cristiana, avanzamos en el camino hacia la salvación.

Materia y forma

Todos los sacramentos tienen materia y forma. La materia es el material físico utilizado. La forma se refiere a las palabras que se hablan. En la forma más fundamental del sacramento, el ministro de bautismo (generalmente un sacerdote) sumerge a la persona que está siendo bautizada tres veces en agua (o

derrama agua tres veces sobre su cabeza) mientras pronuncia las palabras que nos dio Jesús, “Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (véase Mateo 28:19).

Este baño en agua purifica espiritualmente a los bautizados, quitándole todo pecado de su alma, incluida la mancha del pecado original heredado de Adán y Eva. Los pecados de los bautizados se eliminan, y la gracia santificante, el don gratuito e inmerecido de la vida misma de Dios, que es necesario para la salvación, se confiere al alma. (Sin embargo, la debilidad de nuestra naturaleza caída permanece, y aún somos propensos al pecado. Esta tendencia al pecado se llama concupiscencia).

El bautismo también inicia a los bautizados en la Iglesia, sirviendo como un rito de iniciación comunitario que confiere a la persona todos los derechos y privilegios, así como todas las responsabilidades, que vienen con ser un miembro de la Iglesia de Cristo.

Bautismo Instituido y Prefigurado

Jesús mismo fue bautizado al comienzo de su ministerio público, no porque lo necesitara, sino porque era apropiado que fuera bautizado, para servir como nuestro modelo de santidad y para mostrarnos el camino a la salvación.

Al final de su morada terrenal, como Mateo 28 nos dice, Jesús ordenó a sus apóstoles ir a todas las naciones y hacer discípulos de ellos, “bautizándolos” en la fórmula trinitaria que usamos hoy, y “enseñándoles a observar todo” que él les enseñó. El bautismo de Jesús y su comisión de los apóstoles para bautizar son la culminación de miles de años de preparación para el sacramento, ya que Dios prefiguró el sacramento de la iniciación a lo largo de su obra salvadora en la historia de la salvación.

Desde el principio, cuando el Espíritu de Dios revoloteó sobre las aguas primordiales, hacia Noé y el Gran Diluvio, hacia el cruce del Mar Rojo y el Río Jordán, siempre hemos entendido las señales que han señalado el camino hacia el bautismo. El pueblo de Dios pasa del caos, la muerte, la esclavitud y el pecado, a través de aguas poderosas y vivificadoras, a una nueva vida en gracia y libertad como una nueva creación.

Los frutos del bautismo

Los pecados de los bautizados son perdonados y los dones del Espíritu Santo

son infundidos en sus almas. Los bautizados son hechos nuevas criaturas a los ojos de Dios, participantes de la naturaleza divina y miembros de Cristo mismo, coherederos con Él a todas las promesas de Dios. Los bautizados son miembros de la Iglesia y tienen acceso a todos los demás sacramentos por derecho y tienen la tarea de compartir la misión de la Iglesia: compartir las Buenas Nuevas del Evangelio y hacer discípulos de Jesucristo. Una marca espiritual indeleble también se coloca en el alma de la persona bautizada, muy similar a la marca que un rey hace en cera para sellar una carta, asegurándose de que la letra sea suya. Ningún pecado puede quitar este sello del alma. Lo marca para siempre como perteneciente a Dios, apartado para el día de la redención y la vida eterna con él.

El bautismo es un signo visible que afecta lo que significa, tal como nos lo dio Cristo directamente. Las gracias del bautismo, nutridas por toda la comunidad cristiana, pueden dar mucho fruto y guiar a los bautizados en el camino hacia la salvación.